



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

n° 22 (2016)

LAS REDES CLÁSICA Y ROMÁNTICA. INTERSECCIONES DINÁMICAS EN EL RÍO DE LA PLATA

Luis Marcelo MARTINO
(CONICET - Universidad Nacional de Tucumán)

Recibido: 12-06-2015 / Revisado: 24-12-2016

Aceptado: 08-10-2015 / Publicado: 21-07-2016

RESUMEN: Los llamados neoclásicos y románticos rioplatenses de la primera mitad del siglo XIX escriben, publican y llevan adelante sus proyectos y empresas en un espacio cultural compartido. En dicho espacio, traban relaciones solidarias, conflictivas y, en muchos casos, ambiguas. En el presente trabajo nos proponemos analizar los vínculos que se establecen entre los representantes de ambas posturas estéticas desde el marco conceptual de las redes sociales. Nuestro punto de partida son las reflexiones teóricas de Michel Bertrand y la línea de trabajo seguida por Eugenia Molina, quien ha identificado en el escenario intelectual de la época una «red romántica» y otra «unitaria».

PALABRAS CLAVE: Romanticismo, Clasicismo, Redes intelectuales, Río de la Plata.

CLASSICAL AND ROMANTIC NETWORKS. DYNAMIC INTERSECTIONS IN THE RÍO DE LA PLATA

ABSTRACT: The so-called Neoclassical and Romantic from the Río de la Plata of the first half of the 19th Century wrote, published and developed their projects in a shared cultural space in which they established complex relationships of solidarity and conflict with each other. The aim of this paper is to analyze the links between representatives of both positions within conceptual framework of social networks. Our point of departure is based on theoretical reflections of Michel Bertrand and on the line of work followed by Eugenia Molina, who has identified a «romantic network» and other «classical» in the cultural scene of the time.

KEYWORDS: Romanticism, Clasicism, Intellectual networks, Río de la Plata.

Las redes [...] ilustran sobre la complejidad del sistema relacional y sobre la dificultad de identificar a un individuo en base a criterios fijos independientemente del contexto en el que se desarrollara.

(Michel Bertrand)

En su afán de sistematización, la crítica y la historia literarias incurren muchas veces en clasificaciones y taxonomías demasiado nítidas, demasiado prolijas. Esta operación arroja como resultado un mapa donde los distintos períodos literarios y las diversas corrientes estéticas ocupan espacios contiguos y sucesivos en el tiempo, espacios cuyos intersticios e intersecciones resultan negados, eliminados o invisibilizados. De modo semejante, los movimientos literarios son dibujados con rasgos de homogeneidad y coherencia, rasgos que son asimismo proyectados hacia las agrupaciones de intelectuales, artistas y pensadores que sostendrían, postularían o impulsarían dichos movimientos. Estos agentes son reunidos por la crítica en el concepto de generaciones —aunque a veces son ellos mismos quienes declaran su filiación y pertenencia generacional—, gobernadas por criterios biológicos y estéticos.

La categoría de Generación del 37 o romántica, localizada en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX, constituye un claro ejemplo de lo que afirmamos más arriba. Dicha generación ha sido caracterizada de un modo más o menos homogéneo, como si se tratara de un grupo con intereses e ideas absolutamente coherentes y unificadas. Del mismo modo, se ha analizado su postura romántica en clara oposición a la estética clasicista, detentada por otro grupo o generación, a la que se ha calificado como neoclásica o unitaria, en función de sus convicciones estéticas o políticas respectivamente. Consideramos que dichas categorías son susceptibles de revisarse y retomarse, en función de una caracterización que dé cuenta de la complejidad que revisten la vida intelectual y sus fenómenos. La noción de red, a nuestro entender, constituye una herramienta válida para emprender esta tarea de revisión.

El empleo del concepto de red social en las ciencias sociales, según Alexandra Pita González, se remonta a la década de 1940.¹ Diez años más tarde, provoca el interés de los sociólogos y antropólogos de la Escuela de Manchester (Pita, s/f: 1). La noción habría sido adoptada «recientemente» desde el ámbito de la microsociología por los historiadores, afirma Michel Bertrand en un artículo publicado en el año 2000, y se encontraría entonces en «vías de generalización» (2000: 73-74). El éxito de su empleo en el campo historiográfico —especialmente en el área de la historia social (Pita González, s/f: 3)— respondería a una renovación de paradigmas y a la «crisis de modelos explicativos como el materialismo histórico y el estructuralismo» (Pita González, s/f: 2), que implica el cuestionamiento del concepto determinista de clase social y de la reconstrucción de estructuras o grupos en base a criterios estrictamente socioeconómicos (Pita González, s/f: 2; Bertrand, 2000: 73).

Las reflexiones de Bertrand sobre las redes sociales constituyen, a nuestro entender, un aporte significativo al abordaje de la problemática. Según este autor, la noción presupone, siempre y cuando se aplique con rigor y profundidad, un desplazamiento del foco de interés de los estudios historiográficos, que resentiría el protagonismo de la categoría de familia en su forma patriarcal (2000: 73).

¹ La autora menciona como pioneros a los antropólogos británicos Radcliffe Brown y John Barnes (s/f: 1).

Bertrand, quien se interroga sobre la operatividad de esta categoría en los estudios sobre las élites coloniales hispanoamericanas, define red social como «un complejo sistema relacional que permite la circulación de bienes y servicios tanto materiales como inmateriales, dentro del conjunto de relaciones establecidas entre sus miembros, que los afecta a todos, directa o indirectamente y muy desigualmente» (74). En una red se podría identificar un «triple contenido»:

Primero, su contenido morfológico: la red es una estructura constituida por un conjunto de puntos y líneas que materializan lazos y relaciones mantenidas por un conjunto de individuos. Segundo, su contenido relacional: la red es un sistema de intercambios que permite la circulación de bienes y servicios. Tercero, la red consiste en un sistema sometido a una dinámica relacional regida por un principio de transversalidad de los lazos y susceptible de movilizarse en función de una finalidad precisa (74).

Esta distinción de contenidos le permite a Bertrand complejizar el abordaje de la categoría, contemplando «las configuraciones movedizas y cambiantes» que adoptan las redes (75) y la existencia de lazos que no necesariamente constituyen relaciones e intercambios —Bertrand las denomina «estructuras adormecidas»— pero que pueden reactivarse en función de las necesidades (76).

Dicha complejidad es precisamente la que se pierde en el empleo de la categoría de redes «en términos más metafóricos o retóricos que operativos» en el que se incurre en ocasiones y contra el cual advierte muy acertadamente el historiador francés (75). Los abordajes de este tipo no se detienen en analizar la naturaleza, variabilidad y funcionamiento de los lazos y las relaciones (75). En un sentido semejante, Pita González señala la utilización limitada del concepto «como metáfora para transmitir la idea de un complejo entramado social» (s/f: 2) y Eduardo Devés-Valdés advierte sobre un mal uso de la noción de red, que «puede transformarse en un concepto mistificador o en un comodín para decir muy poco» (2007: 35).

Devés-Valdés constituye otro referente para los estudios centrados en esta categoría. Según Marta Casás Arzú —a cargo de uno de los prólogos de su libro *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*—, constituye «uno de los pioneros» del «análisis metodológico de las redes» (Devés-Valdés, 2007: 21). La misma prologuista destaca —de manera semejante a Bertrand— como ventaja de este tipo de análisis la posibilidad que ofrece de entender la estructura social de otra forma y de «conocer con más profundidad los intercambios recíprocos, las estrategias y mecanismos de funcionamiento de un grupo determinado» (22-23).

Devés-Valdés focaliza su atención específicamente en las redes intelectuales,² a las que define como «un conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años» (30). Para este autor, es necesaria «la frecuencia o la densidad en la comunicación» para que una red se constituya (30). Este factor, por una parte, permitiría identificar «los núcleos más activos de la red, así como los momentos de mayor o menor vitalidad» (30).

Así como la categoría de redes sociales funciona para Bertrand como una vía metodológica valiosa con respecto a la familia nuclear patriarcal, la noción de red intelectual vendría, según Devés-Valdés, a «complementar y mejorar otras nociones como

² Casás Arzú, no obstante, las denomina también, de manera indiscriminada, redes sociales (Devés-Valdés, 2007: 22).

“generación” y “campo intelectual”» (35). El autor no desarrolla las implicancias y alcances de estas operaciones de complementariedad y optimización, limitándose a señalar —para el caso del concepto de generación— que «en las redes participan personas de edades diferentes [...]. Ello, sin embargo, no niega que se den relaciones más densas entre personas de edades similares» (35).

Por su parte, y aproximándonos a nuestro objeto de estudio, Eugenia Molina aplica la categoría de redes al estudio de los intelectuales argentinos de la primera mitad del siglo XIX, tal como lo destaca Devés-Valdés (31).³ Molina —quien suscribe las precisiones teóricas de Bertrand (Molina, 2011: 20)— considera provechosa metodológicamente la aplicación del concepto de «redes de relaciones personales» al estudio de los procesos históricos, ya que permite «explicar aspectos que de otro modo habrían quedado marginados o insuficientemente comprendidos» (Molina, 2000: 399). Constituiría una vía complementaria con respecto al análisis generacional, que hace hincapié fundamentalmente en la contemporaneidad y los «contactos vitales entre personas nacidas en el mismo año» (2000: 401). El concepto de red, según Molina, sería operativo para explicar las divergencias entre personas de la misma generación y la comunión de ideas entre individuos pertenecientes a distintas generaciones y a diferentes espacios geográficos, entre otras cuestiones (2000: 401; 2011: 44).

Por ello, sostiene que abordar el movimiento romántico argentino entre 1830 y 1852 desde esta perspectiva puede arrojar nueva luz sobre el mismo. Aclara, no obstante, que su relectura no se propone «superar ni reemplazar el concepto de generación» sino como «una contribución a un conocimiento más acabado» del movimiento romántico (2000: 402). En esta empresa, Molina explicita una serie de «criterios de conectividad» de la red romántica:⁴ el «conocimiento personal»; la «correspondencia»; las «referencias, recomendaciones y citas de trabajo»; el «envío de obras, pedido de críticas o prologamiento, polémicas periodísticas»; la «participación en la redacción de los mismos periódicos»; la «participación en la misma experiencia del exilio»; la «participación en los mismos ámbitos de sociabilidad» (tertulias, salones, asociaciones) y, por último, el «estudio y egreso de la Universidad de Buenos Aires» (2000: 403-404; 2011: 44-48).

En el panorama trazado por Molina habrían convivido dos redes: la «romántica» —que se correspondería aproximadamente con la categoría de Generación del 37— y la «unitaria» —en la que Molina incluye a Florencio Varela y Valentín Alsina (2000: 412, 416-417). A nuestro entender, esta última denominación no resulta del todo convincente, ya que se sustenta en un criterio político partidario,⁵ a diferencia de la red romántica, definida a partir de un rasgo estético y cultural en general. Por otra parte, la retórica de la facción federal identificaba al partido opositor —los unitarios— con la estética romántica, tal como lo expresa Pedro de Angelis en un artículo publicado el 30 de junio de 1843 en el periódico que editaba, *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo*:

³ «Respecto de intelectuales y políticos de tiempos de la independencia en su país, ha utilizado el concepto la argentina Eugenia Molina» (Devés-Valdés, 2007: 31).

⁴ Algunos de estos criterios de conectividad son mencionados también por Devés-Valdés entre las «formas de comunicación» entre los integrantes de una red (2007: 32-33), razón por la cual suponemos que se habría basado en la propuesta de Molina. No obstante, Devés-Valdés no explicita dicha procedencia.

⁵ En el seno del Congreso Constituyente que se reúne en 1824 para discutir la forma de organización política argentina se agudizan las diferencias entre dos partidos: el unitario, a favor de un gobierno centralizado y de unidad, y el federal, que abogaba por una mayor autonomía y soberanía de las provincias. Aunque no puede establecerse una asociación categórica entre unitarios y porteños (habitantes de la provincia de Buenos Aires), por un lado, y entre federales y provincianos, por el otro, esa polarización de partidos conjugaba antítesis tales como Buenos Aires/interior, campo/ciudades, grupos urbanos liberales/masas rurales conservadoras (Ternavasio, 2009: 152-154; Romero, 1971: 25).

Extrañarán algunos de los que lleguen a nuestras playas el título de salvajes que acostumbramos a dar a los Unitarios, y que se ha identificado con su nombre. Al verlos tan compuestos y estirados «Estos no son salvajes», dirán sin duda; y mayor debe ser su sorpresa, cuando les oyen hablar de una nueva obra de Jorge Sand, o del último poema de Lamartine: porque es preciso saber que estos caballeros nada quieren con los clásicos, y sólo se ocupan de románticos (De Angelis, 2009: 43).

Esta operación ideológica de asociación de ambas categorías torna confusa, a nuestro juicio, la distinción metodológica entre una red unitaria y otra romántica.

Proponemos, por lo tanto, por cuestiones operativas, hablar de red neoclásica o clasicista. No obstante, deseamos aclarar que estas redes no deben ser consideradas como entidades monolíticas y homogéneas, sino más bien como sistemas dinámicos, cuyas relaciones se transforman y rediseñan constantemente.

Consideramos que el estudio del movimiento romántico rioplatense puede complejizarse sustancialmente si no nos atenemos sólo a los vínculos entre los integrantes de la red romántica y trascendemos sus límites para analizar los lazos que algunos de dichos integrantes mantiene con individuos de la red clasicista. Molina esboza brevemente esta cuestión, al señalar que esta última red —a la que, como ya dijimos, llama unitaria— funciona como un elemento que contribuye por contraposición a la definición ideológica de la red romántica. Menciona, no obstante, que siempre hubo «intentos de conciliación» e intercambios, al menos entre algunos de sus miembros (Juan María Gutiérrez y Juan Thompson con Florencio Varela, por ejemplo) (2000: 412).

A nuestro entender, constituiría uno de esos «intentos de conciliación» el periódico *El Iniciador*, fundado en abril de 1838 en Montevideo por Andrés Lamas y Miguel Cané. Si bien Molina lo considera un espacio de sociabilidad de la red romántica (2000: 408-409), puede caracterizarse como un ámbito de intersección de ambas redes.⁶ Recordemos que en esa época habían confluído en el exilio montevideano, en el seno de la Comisión argentina opositora al gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, los unitarios de la primera emigración y los proscritos posteriores de la Generación del 37. Entre los primeros se destacan los hermanos Florencio y Juan Cruz Varela, quienes desembarcan en Montevideo en 1829 y participan en las páginas de *El Iniciador*, si bien con una sola colaboración cada uno. Juan Cruz publica un poema en versos sáficos de resonancias neoclásicas, «De la muerte del poeta».⁷ Si bien éste no compartía las ideas del núcleo romántico que dirigía la publicación, su actitud era más bien diplomática.⁸

Por su parte, Florencio Varela publica en el periódico montevideano el artículo «Poesía»,⁹ consagrado al poeta Florencio Balcarce. Debemos tener en cuenta, además, que Florencio Varela estaba casado con la hermana de Miguel Cané (Rojas, 1957b: 404), uno de los redactores de *El Iniciador*, lo que constituye un indicio de vínculos personales entre integrantes de ambas redes.

La actitud de los hermanos Varela de publicar en un periódico redactado por los románticos podría interpretarse, en términos de Bertrand, como un índice de la capacidad

6 Sobre la lectura de *El Iniciador* como un espacio de conciliación, cfr. Hernán Pas (2008: 105-106) y Luis M. Martino (2012: 17-23).

7 Publicado en *El Iniciador* n° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, p. 31. El poema está firmado con las iniciales J. C. V. y fechado en 1830. Cané se lo atribuye a Juan Cruz Varela (Vedia y Mitre, 1941: 80).

8 «Estos defectos en que incurriría la generación en la cual el patriotismo de Varela, cifraba tantas esperanzas, le mortificaban: lejos de combatirlos de frente, trató de remediarlos por el consejo amistoso y por el ejemplo sobre todo» (Gutiérrez, 1871: 328).

9 El artículo —publicado en *El Iniciador*, n° 8, tomo 1, 1° de agosto de 1838, pp. 168-170— carece de firma y se atribuye a Florencio Varela (Vedia y Mitre, 1941: 80).

de los actores sociales de instrumentar las respuestas que juzgan necesarias y adecuadas en determinados contextos, rasgo que el historiador francés considera específico de un análisis desde una perspectiva de redes (Bertrand, 2000: 76). Juan Cruz y Florencio habrían juzgado conveniente enviar colaboraciones a *El Iniciador* para cumplir, tal vez, un compromiso con amistades y parientes, reforzando así dichos vínculos, y para mantener su presencia en la prensa periódica.

Por otra parte, Florencio era una figura muy respetada incluso por los emigrados recientes que conformaban la red romántica.¹⁰ De hecho, Esteban Echeverría lo elogia en su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, al incluirlo entre aquellos escritores que, «aunque no profesan nuestras doctrinas, se han distinguido por su devoción a la patria y por su perseverancia en la lucha contra Rosas» (Echeverría, 1948: 62). A su vez, la admiración que Florencio sentía por Echeverría está testimoniada por cartas de 1834 dirigidas a Gutiérrez, en las que manifiesta su interés por el libro de poemas *Los consuelos* (Moglia y García, 1979: 181-185).

Estos gestos, que podríamos denominar de «admiración cruzada», se registran también con respecto a Juan Cruz Varela y Vicente López y Planes, ambos miembros de la red clasicista. La vida y obra del primero de ellos es objeto de un exhaustivo estudio que Gutiérrez publica en 1871, varios años después de la muerte de Juan Cruz. Los elogios abundan en estas páginas. Su clasicismo carecería de la rigidez y servilismo atribuidos a dicho movimiento. Muy por el contrario, en ciertas composiciones pareciera sintetizar, según Gutiérrez, elementos de las escuelas en pugna (1871: 32, 328).¹¹ Los versos de Varela constituirían precisamente, parece querer decir el crítico, una prueba de que el clasicismo no había caducado y de que no era impermeable a las novedades estéticas. En este caso, Gutiérrez adopta una perspectiva singular, distanciándose de la postura romántica a la que sin embargo había adherido treinta años atrás. Al referirse a la participación de Juan Cruz Varela en *El Iniciador*, Gutiérrez profundiza dicho distanciamiento:

[*El Iniciador*] representaba en las dos márgenes del Plata, las intenciones sociales y literarias de los jóvenes conocidos entonces con el nombre de románticos. Distínguales un sentimiento orgulloso de suficiencia, un gran desdén de los «viejos», y es forzoso decirlo, una cultura literaria incompleta (1871: 328-329).

A través de esta descalificación de los jóvenes románticos, Gutiérrez incurre en el «olvido» de sus tareas como colaborador asiduo de *El Iniciador*, actitud que nos obliga a repensar su inclusión plena en la red romántica.

La figura de Juan Cruz Varela es rescatada también por Juan Bautista Alberdi —otro de los románticos rioplatenses— de un modo particular en un artículo que le dedica con ocasión de su muerte,¹² donde lo exalta por su poesía en defensa de los ideales y gestas independentistas.¹³ Esta exaltación constituye un gesto acorde con la ideología de los jóvenes de la red romántica, quienes se autodenominaban herederos de aquella heroica

¹⁰ «Durante los años del destierro fue la figura más visible de la emigración argentina. Los jóvenes que llegaron diez años después, no compartían su tradición ni su doctrina, pero respetaban su nombre y su persona» (Rojas, 1957b: 403).

¹¹ Gutiérrez menciona en este sentido los poemas «La Elvira» y «La muerte del poeta» (1871: 32, 328).

¹² La nota se titula «Juan Cruz Varela» y se publica en *El Nacional*, época segunda, n° 60, 25 de enero de 1839, p. 1, cols. 1-2. Gutiérrez reproduce fragmentariamente el artículo de Alberdi en su obra sobre Varela, acompañado de pasajes de poemas de Echeverría y José Rivera Indarte con motivo de la muerte del poeta (1871: 336-338). La necrológica es recogida también en la colección de los *Escritos póstumos* (tomo xv) de Alberdi.

¹³ Lo llama «patrimonio de la gloria argentina», «poeta de la Libertad», «lucero que ha brillado durante la noche de la barbarie» y «armonioso cantor de las glorias más puras de la patria» (Alberdi, 2006: 239-241).

tradición. Alberdi aprovecha también la ocasión para denunciar la opresión del gobierno de Rosas, a quien responsabiliza del destierro y de la muerte de Varela (2006: 240). De este modo, vincula sus padecimientos con los que sufren todos los desterrados que luchan contra el gobernante de Buenos Aires —él mismo incluido—, en un gesto fraternal, que podría leerse como conciliatorio, si tenemos en cuenta las desavenencias que existían entre ellos.¹⁴

Vicente López y Planes constituye, como habíamos anticipado, otra de las figuras de la red neoclásica que es objeto de veneración por parte de algunos románticos. En una carta del 13 de setiembre de 1832, Echeverría le remite a López su obra temprana *Elvira*, solicitándole un «sufragio favorable» y llamándolo «hijo predilecto de las Musas Argentinas» (Weinberg, 2006: 355). La importancia de López como dispensador de consagración literaria es destacada también por Gutiérrez con respecto a Juan Cruz Varela: «López era juez en materias de buen gusto dentro de cuya jurisdicción se presentaba con la mayor confianza. El fallo de aquel Mentor de nuestra literatura, era un bautizo indispensable para sus obras poéticas [de J. C. Varela]» (1871: 347). Juan Cruz —figura prestigiosa, consagrada y consagratoria— anhelaba y necesitaba a su vez la bendición y el fallo favorable de López sobre su obra.

Si bien Vicente López y Planes pertenecería en principio, por su ideología y producción, a la «red unitaria» mencionada por Molina, no se ve forzado —a diferencia de los hermanos Varela— a abandonar su patria, donde permanece al servicio del gobernador de Buenos Aires, el federal Rosas (Rojas, 1957a: 542; Prieto, 2006: 29-31), con quien ya mantenía estrechas relaciones. Este dato pone en evidencia una vez más la complejidad de este entramado, así como también la necesidad ya señalada de revisar su denominación.

Por otra parte, López y Planes es el padre de Vicente Fidel López, colaborador del semanario *La Moda* (1837-38), aquel primer emprendimiento de los jóvenes de la Generación del 37, e integrante de la red romántica. Este dato evidenciaría —otra vez— las relaciones de parentesco entre integrantes de grupos ideológicamente opuestos. Además, padre e hijo habían formado parte —con distinto grado de compromiso— del llamado Salón Literario, un espacio de lectura y discusión habilitado a mediados de 1837 por el librero Marcos Sastre para difundir las nuevas ideas provenientes de Europa.¹⁵ En dicho espacio, convivieron figuras vinculadas al movimiento romántico y otras enfrentadas en principio con dicha estética, como Pedro de Angelis y López y Planes. La participación de este último en el Salón, precisamente, habría motivado el reproche del gobernador de Buenos Aires, por considerar que ese no era un lugar apropiado para él.¹⁶

Molina califica esta participación de López y Planes en el Salón como un índice del «estrechamiento [de relaciones de integrantes de la red romántica] con personajes más viejos pero lo suficientemente abiertos como para comprender sus posiciones» (2000: 416). Señala, además, que López y Planes nunca interrumpe «sus relaciones con algunos de los compañeros de su hijo y sus lecturas de los doctrinarios y eclécticos franceses» (416).

¹⁴ En un texto de carácter evocativo titulado *Acontecimientos del Plata en 1839 y 1840. Recuerdos — Impresiones — Pensamientos*, recogido en los *Escritos póstumos*, Alberdi rememora la decepción que lo embarga, tras arribar como exiliado a Montevideo en noviembre de 1838 y conocer a Juan Cruz, a quien nota enfermo y aniquilado: «Tal encontré al segundo de los campeones que debían encabezar la nueva reacción contra el tigre de Buenos Aires [Juan Manuel de Rosas]» (2006: 217-218). Incluso antes de pasar a Montevideo, ya existían diferencias políticas entre ambos. En el mismo escrito, Alberdi cuestiona la condena de Varela al bloqueo francés del puerto argentino (1838-1840), condena que lo acercaría involuntariamente al bando de los partidarios de Rosas, es decir, de los enemigos comunes (214).

¹⁵ Cfr. el exhaustivo estudio que Félix Weinberg consagra a esta institución (1977).

¹⁶ «El doctor Maza embromó a mi padre [Vicente López y Planes], en el Tribunal, sobre su asistencia a la “función de los muchachos reformistas y regeneradores” y le agregó: “Juan Manuel Rosas dice que usted es demasiado bueno y débil; que ése no era su lugar”» (López, s/f: 32).

Pedro de Angelis constituye un caso interesante de entrecruzamiento de las fronteras de ambas redes. El letrado napolitano se radica en Buenos Aires en enero de 1827¹⁷ y, tras la asunción del gobernador Rosas, pasa a desempeñar las funciones propias de un letrado de la corte.¹⁸ Por algunas de sus empresas y tareas, podría ser incluido sin inconvenientes en las filas de la red clasicista. De Angelis es el responsable de la publicación en latín en 1828 de una versión de *De illustribus viris* de Cornelio Nepote —conocido como el primer clásico impreso en Argentina— y del proyecto encomendado por el gobierno de Buenos Aires en 1833 de una colección de autores latinos, que nunca vio la luz, destinada a las aulas universitarias (Chávez, 1973: 59; Sabor, 1995: 31-32, 387).

En 1847, con motivo de la reedición el año anterior del *Dogma socialista*, De Angelis critica este escrito en el ya mencionado *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo*, periódico bajo su dirección, que se publicaba en castellano, francés e inglés y que consistía en «un órgano de prensa destinado a la buena publicidad del régimen rosista» (Ruggeri, 2009: 9). Echeverría —uno de los autores centrales del *Dogma*— le responde a través de dos cartas. En la primera de ellas, lanza un ataque personal al napolitano, destacando su mediocridad y obsecuencia con respecto al gobierno porteño y llamándolo «el más ilustre y testarudo de los *clasicones de entonces*» (Echeverría, 1948: 203),¹⁹ en referencia a los críticos de la estética romántica de la década del 30. No obstante, en una nota al pie matiza el fuerte epíteto que le había dirigido: «Debe confesar el autor de estas cartas que representando solo en aquel tiempo en su país la literatura nueva [el romanticismo], era muy elogiado por todos los clásicos, incluso el editor del *Archivo [americano]*» (203). Esta aclaración marginal revela que Echeverría aspiraba al reconocimiento de su obra por parte de la red clasicista, o que al menos no lo despreciaba.²⁰

De Angelis, en efecto, hacia 1832, había publicado en *El Lucero. Diario político, literario y mercantil* un artículo sobre el poema «Elvira o La Novia del Plata», donde elogiaba la pieza y esgrimía su defensa frente a críticas desfavorables de las que había sido objeto.²¹ Allí aclaraba, además, que había recibido la obra en calidad de obsequio: «Hace algún tiempo que se nos favoreció con un ejemplar de una obrita titulada *Elvira, o La novia del Plata*» (Weinberg, 2006: 303). El propio Echeverría, podemos conjeturar, podría haber sido el donante no mencionado en el artículo.

La relación literaria entre Echeverría (poeta) y De Angelis (crítico) reconoce un episodio anterior. El 15 de julio de 1830, el letrado napolitano le dedica un breve artículo a un poema del vate romántico, publicado de manera anónima en *La Gaceta Mercantil* el 8 de julio de 1830 (Weinberg, 2006: 26-28).²² Si bien De Angelis destaca la perfección de la rima, la «brillantez» de algunas ideas y la «feliz [...] elección de los conceptos», se permite criticar un verso que caracteriza a Europa como «degradada» (De Angelis, 2009: 435). En su juicio despliega una retórica ambigua digna de admiración: «y cuando es un joven el

17 De Angelis es reclutado en París por el presidente argentino, Bernardino Rivadavia, en el marco de su estrategia de contratar intelectuales europeos como docentes y redactores de periódicos (Salvioni, 2014: 475-476).

18 «Bajo el gobierno de Rosas, fue un intelectual del régimen, rol que consistió en el ejercicio de un control casi absoluto, al servicio del poder, del campo editorial, incluida la prensa» (Salvioni, 2014: 478).

19 Las cursivas pertenecen al original.

20 Para un estudio más detallado de la compleja postura de los románticos frente a los neoclásicos, cfr. Martino (2013).

21 El artículo —publicado en *El Lucero* n° 882 del 4 de octubre de 1832— es recogido por Weinberg en su libro sobre Echeverría (2006: 303-304).

22 La crítica de De Angelis, publicada en *El Lucero*, n° 241 del 15 de julio de 1830, es recogida por Paula Ruggeri en el apéndice de su compilación de artículos del *Archivo americano* (De Angelis, 2009: 435).

que falta, podría sospecharse que es por presunción o ignorancia, defectos que estamos lejos de imputar al autor de tan elegante composición» (435).²³

Algunos años después, entre 1835 y 1839, De Angelis publica la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, resultado de un arduo trabajo de recolección, compilación y edición de documentos. Con respecto a esta tarea, Amanda Salvioni sostiene que De Angelis «terminó por generar una nueva red de relaciones entre letrados, herederos de archivos familiares y coleccionistas» (2014: 465). Ahora bien, de dicha red —organizada por un clasicista— habrían participado integrantes del movimiento romántico rioplatense, tales como Gutiérrez y el propio Echeverría, con quienes De Angelis habría establecido relaciones basadas en el intercambio de documentos:

El trueque bibliográfico caracterizó casi todas sus relaciones sociales [de De Angelis], como sucede por ejemplo con Juan María Gutiérrez: «Yo le proporcionaba copias bien hechas de planos antiguos y él me hacía por su propia mano colecciones de impresos antiguos y me regalaba obras impresas de literatura». ¡Hasta su peor enemigo, Esteban Echeverría, le canjeó documentos adquiridos de José María Cabrer, a cambio de obras impresas! (Salvioni, 2014: 480).

Con respecto a este canje entre Echeverría y el napolitano, Josefa Sabor señala que «la transacción debió ser beneficiosa para este último, pues en la carta solicita a Gutiérrez le ayude a elegir un libro que quiere regalar al poeta» (168). La carta que menciona la estudiosa —«sin fecha, probablemente de 1838 ó 1839» (168)— es, a su vez, otra prueba de los vínculos cruzados entre redes.

Por otra parte, el clasicista y acérrimo opositor a Rosas Juan Cruz Varela se permite criticar por su orientación política al también clasicista y defensor del régimen federal De Angelis, no sin antes manifestarle su admiración:

En *El Tiempo* del 11 de noviembre de 1829, Juan Cruz Varela no podía ser más explícito respecto del fastidio con el que las intervenciones políticas de De Angelis eran acogidas por el público: «Si estoy dispuesto a reconocer en Usted una superioridad intelectual que en vano me atrevería a negar, no puedo consentir que un extranjero pretenda amar mi patria más de lo que yo la amo» (Salvioni, 2014: 477-478).

Estas palabras de Varela constituyen un valioso testimonio de las diferencias ideológicas (unitarios/federales) presentes en el seno de la red clasicista, diferencias que la categoría de «red unitaria» no puede reflejar.

Las relaciones en torno a De Angelis que acabamos de exponer podrían tomarse como un caso representativo del dinamismo de las redes consideradas. Bertrand incluye entre los «usos metafóricos del concepto de red» aquel que presupone exclusivamente «la existencia de una relación de solidaridad» y pone de relieve la importancia que revisten «las relaciones conflictivas en las configuraciones de los sistemas relacionales» (2000: 76). Coincidimos plenamente con esta postura y disentimos, por lo tanto, con Devés-Valdés cuando sostiene que «la noción de red apunta prioritariamente a detectar y a poner en relieve la colaboración y no el conflicto o la competencia» (2007: 35). Entre integrantes de la misma red (Varela y De Angelis) pueden producirse fricciones, del mismo modo

23 Sobre este episodio, cfr. Paula Ruggeri (2009: 25-27).

que es posible verificar relaciones de solidaridad y colaboración entre miembros de redes de signo opuesto, tanto estético como ideológico (Echeverría y Gutiérrez frente a De Angelis).

La complejidad de la figura de De Angelis es destacada a su vez por Rosalía Baltar: «En el terreno de lo explícito, [...] ataca a los románticos; se muestra atento y consciente de la estética romántica a la que sin duda no adhiere pero que sin embargo conoce bien» (2012: 89). Esta constatación lleva a Baltar a interrogarse sobre la validez del enfrentamiento entre «clásicos» y «románticos» (89). Por nuestra parte, podemos afirmar que los complejos vínculos entre los letrados en cuestión, atravesados por la admiración y el desprecio virulento, atentan contra una reconstrucción simplista y dicotómica del panorama intelectual de la época.

CONCLUSIONES

Como sostiene Molina, los salones literarios y las asociaciones, la redacción de diarios y periódicos, los vínculos personales y el envío de obras y las solicitudes de crítica o prologamiento de las propias obras son algunas de las instancias y factores que le otorgan estabilidad a la red romántica —en realidad, a toda red intelectual— y le permiten consolidar sus relaciones. No obstante, estos mismos elementos constituyen espacios de intersección con otros entramados, como es el caso de la red clásica. Poetas que buscan la aprobación y la consagración más allá de las fronteras de su círculo. Letrados que acceden a colaborar en publicaciones dirigidas por románticos, al tiempo que cuestionan su estética. Neoclásicos que saludan con entusiasmo obras románticas para atacar más tarde a sus autores. Románticos arrepentidos que se desentienden de su militancia pasada y alaban a sus amigos clasicistas. Figuras como éstas habitan los espacios intersticiales de las redes, dominados por el conflicto y la negociación, dibujando fisuras que atraviesan —a la vez que las aproximan— las redes neoclásica y romántica.

Por otra parte, una relectura de las polémicas estético-literarias entre las posiciones clásica y romántica —tan frecuentes en Europa como en el Río de la Plata— en términos de las relaciones conflictivas propias y características del funcionamiento de las redes nos habilitaría a revisar los límites y la configuración de las aquí estudiadas. Tal vez, conjeturamos, resultaría más apropiado hablar de una red de interconexiones clásico-romántica, en la cual la identidad de cada sujeto o miembro —según las palabras de Bertrand citadas en el epígrafe de este trabajo— no está dada de una manera fija sino que se va configurando y definiendo en función de las necesidades contextuales.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Juan Bautista (2006), *Escritos póstumos*, tomo xv, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- BALTAR, Rosalía (2012), *Letrados en tiempos de Rosas*, Mar del Plata, EUDEM.
- BERTRAND, Michel (2000), «Los modos relacionales de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas», *Anuario IEHS*, nº 15, pp. 61-80.
- CHÁVEZ, Fermín (1973), *La cultura en la época de Rosas. Aportes a la descolonización mental de la Argentina*, Buenos Aires, Theoria.
- DE ANGELIS, Pedro (2009), *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo. Primera Serie. 1843-1847*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

- DEVÉS-VALDÉS, Eduardo (2007), *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile.
- ECHVERRÍA, Esteban (1948), *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Estrada.
- GUTIÉRREZ, Juan María (1871), *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- LÓPEZ, Vicente Fidel (s/f), *Evocaciones históricas*, Buenos Aires, Jackson.
- MARTINO, Luis Marcelo (2012), «Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*», *Praesentia, Revista Venezolana de Estudios Clásicos*, n° 13, <<http://goo.gl/FyRVvh>>.
- (2013), «Clásicos, “clasiquistas” y “clasicones”. Reacciones anti-clásicas en el Río de la Plata del siglo XIX», *Cuadernos de Estudios del siglo XVIII*, n° 23, pp. 129-150.
- MOGLIA, Raúl J. y GARCÍA, Miguel O. (eds.) (1979), *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, tomo I, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.
- MOLINA, Eugenia (2000), «Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)», *Universum*, n° 15, pp. 399-431.
- (2011), «Sociabilidad y redes político-intelectuales: algunos casos entre 1800 y 1852», *Cuadernos del CILHA*, n° 14, pp. 19-54.
- PAS, Hernán (2008), *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)*, Buenos Aires, Katatay.
- PITA GONZÁLEZ, Alexandra (s/f), «Las revistas culturales como fuente de estudio de redes intelectuales», ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Historia de la Prensa en Iberoamérica, 1792-1970, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 18 al 20 de abril del 2007, pp. I-II, <<http://goo.gl/NE6psT>>.
- PRIETO, Martín (2006), *Breve historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Taurus.
- ROJAS, Ricardo (1957a), *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, vol IV, «Los coloniales», Buenos Aires, Kraft.
- (1957b), *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, vol VI, «Los proscriptos», Buenos Aires, Kraft.
- ROMERO, José Luis (1971), *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- RUGGERI, Paula (2009), «Estudio preliminar», en Pedro de Angelis, *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo. Primera Serie. 1843-1847*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, pp. 9-36.
- SABOR, Josefá E. (1995), *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo biobibliográfico*, Buenos Aires, Solar.
- SALVIONI, Amanda (2014), «Pedro de Angelis y las primeras ediciones modernas de textos coloniales rioplatenses», en Cristina Iglesia y Loreley El Jaber (dir.), *Una patria literaria*, Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, pp. 463-493.
- TERNAVASIO, Marcela (2009), *Historia de la Argentina, 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo veintiuno.
- VEDIA Y MITRE, Mariano de (1941), «*El Iniciador* y la generación de 1837», en AAVV, *El Iniciador*, edición facsimilar, Buenos Aires, Kraft, pp. 27-68.
- WEINBERG, Félix (1977), *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre — J. B. Alberdi — J. M. Gutiérrez — E. Echeverría*, Buenos Aires, Hachette.
- (2006), *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*, Buenos Aires, Taurus.